Una forma sofisticada del dolor

Margo Glantz
El rastro
Anagrama, Barcelona, 2002, 172 págs.

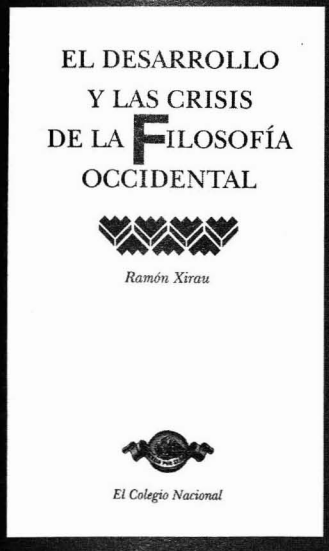
Pedro Serrano

En el mundo narrativo mexicano es difícil encontrar a alguien que escriba con el vigor de Margo Glantz. Su prosa alcanza a veces un virtuosismo ensimismado con el que construye un mundo de intrincado encaje y a la vez de una potencia asfixiante. *El rastro*, su última novela, que quedó finalista en el Premio Anagrama 2002, continúa una búsqueda que ya estaba presente en *Apariciones*, publicada por Alfaguara en 1996. El título del libro se abre no a distintas significaciones entre las que haya que escoger sino a una polivalencia continua. *El rastro* es el matadero de animales donde destazan a un caballo en una película muda y es el entierro de un músico narrado por su ex mujer, que con minucia de cirujano destaza lo que allí sucede. Pero también *El rastro* es la serie de huellas que pauta la novela, y que la narradora va trayendo a colación durante esas horas, desde el caballo que se convierte en Pegaso saliendo de la cabeza de Gorgona, hasta la importancia de los *castratti* en la música coral del siglo XVIII. Esto, que a primera vista parecería una exhibición de conocimientos, y que a veces le quita tensión al pulso narrativo, cuando funciona le sirve a su autora para armar el costillar que cubre a un corazón sangrante, el centro real de la novela: una mujer en el velorio de su ex marido cuyos pensamientos son todo lo opuesto que una pueda imaginar a los de Menchu en *Cinco horas con Mario*. Un dolor que se construye alrededor de otros referentes, que es resultado de otro tipo de experiencias y que necesita otras formas para contarse.

Las diferencias no son tanto las que van de una mujer española de la posguerra a una mexicana del cambio de este siglo, sino las que se inscriben ya inexorablemente en la vida de una mujer hoy en día, cuya realidad tiene menos asideros, silencios y escapes que los que entonces cansaban la cotidianidad pero también la hacían respirable: "No debo olvidar que estoy en la iglesia, que es una ocasión solemne, que estoy escuchando una misa de cuerpo presente, que hay mucha gente: el cuerpo empieza a llenárseme de ronchas como si me hubiera acostado desnuda en un hormiguero de hormigas rojas, me da comezón por todas partes, ¿tendré sarna?, ¿efecto del olor a moho?, ¿alergia desmedida a quienes me rodean?, ¿o es una forma sofisticada del dolor?" Con esta pregunta Margo Glantz centra su novela, y la que inmediatamente le sigue muestra su habilidad para reconstituirse: "¿Ahora sí me darán el pésame?" Esta pregunta, que Nora García, la ya nunca viuda, se ha ido haciendo durante todo el relato, es a la vez una duda pertinente y un gesto altivo de humor: ¿a qué hora se le da el pésame a quien vivió con alguien, y que aunque dejó de compartir esa vida tuvo hijos, además de una historia en común? Este desface, a la vez doloroso e irónico, es uno de los muchos giros que la novela adopta para mostrar la impostura de muchas vivencias, que no por dislocadas dejan de ser emocionalmente poderosas, y a las que Margo Glantz da cuerpo y contorsión.

Uno de los mecanismos para lograr esto es la identificación o superposición del mundo animal. En *Apariciones* la morosa descripción de una perra a la que una mujer observa permite a la escritora aterrizar tanto una compleja inteligencia como una emocionalidad desgarrada, y ponerlas juntas. En *El rastro*, una reflexión similar cuenta cómo en medio del velorio "un perro entra, es en realidad, una perra, muy flaca, los dientes amarillos, el hocico agudo, las tetas caídas y ennegrecidas, acaba de dar a luz y parece hambrienta, nadie la echa de la habitación, se acerca al ataúd, me roza con la cola, husmea (igual que yo)". La identificación es brutal y efectiva. Una ardilla que aparece al principio, a la que sólo su cola diferencia de una rata, vuelve a ser mencionada casi al final de la novela, al hablar de uno de los personajes, cuya mirada "es como la de la ardilla que parece rata". Quizás una emoción en estado crudo se muestra mejor en esas sombras de lo humano: "No sabría señalar el lugar que ocupan ciertos animales (serpientes, lagartijas, ardillas, pájaros, fieras, ratas, gatos, los insectos, las vacas, aun las rosas) y, muy especialmente, el caballo en la imaginería que rodea la figura de la Gorgona". Un poco más adelante la autora nos da la clave cuando señala: "Se produce un exceso y un desbordamiento de sentido".

El logro de esta novela es tanto expresar ese desbordamiento de sentido como volverlo a un cauce, otro, acorde con lo real. La novela es por eso, también, un intento de restauración, y en sus momentos de mayor intensidad la escritura alcanza una fuerza vertiginosa, cuando narra por ejemplo la primera operación que se hizo de un corazón, o cuando en las últimas páginas logra una intensidad muy cercana a los monólogos de Virginia Woolf en *La señora Dalloway*. No es gratuito que entonces la ardilla deje de ser el retorcido reflejo de la mirada del hombre y la narradora note que "sus ojos se han suavizado, ya no parecen ojos de rata". La restauración significa la paz del personaje consigo mismo, la capacidad para ver lo real en lo real y no confundirlo: una ardilla es una ardilla, una rata es una rata y un cuerpo exangüe es un cuerpo exangüe. La petrificación que produce Medusa y que inocula la escritura se ha exorcizado en ésta, y la emoción puede surgir por fin en estado puro: "Vuelvo a sentir la sangre, la pura sangre, luego la hiel, la pura hiel, el rencor seco, la ira contenida, el odio que se vuelve contra mí como si estuviera apestada y mi violencia fuese un contagio que se extendiera, atacase, amenazase con desbordar la piel". Muy distinto al desagradable olor a moho que ha estado presente durante toda la novela, inasible y persistente, y que se va por fin con ese cuerpo muerto que ya no tiene sangre, que ya no hiere. Como Margo Glantz muestra claramente al final: "La vida es una herida absurda: creo que ya merezco que me den el pésame". Y que los muertos entierren a sus muertos. ●



El desarrollo y las crisis de la filosofía occidental

Ramón Xirau, El Colegio Nacional, México, 2003, 223 págs.

Estas páginas obedecen a una vieja y renovada obsesión: la de tratar de entender por lo menos un aspecto de la "crisis" contemporánea: la que tantas veces reina en la esfera del pensamiento y, por lo tanto, en el reino de la acción. Los ídolos han existido siempre; han existido siempre los falsos dioses. Este libro quiere señalar un movimiento o un ritmo del pensamiento que puede encontrarse en Grecia, en la Edad Media, en la Modernidad, en nuestros días. Dirigirme al pasado es aquí una manera y forma de tratar de entender el presente. ¿Quién, por otra parte nos asegura que no son tan contemporáneos, Platón como Hegel, Wittgenstein como Epicúreo? La historia se renueva. La historia se repite. ●